

En la Última Hora

AHL 9649

Por Rafael Guizado

La alcoba está envuelta en una discreta penumbra; apenas la débil luz de una lamparilla alumbrá levemente el lecho de la enferma, y proyecta la media silueta del hombre sentado en el sillón cercano. De la mujer hundida en la cama, solamente se puede ver el anguloso dibujo del perfil. El hombre vela, en el silencio de la noche dolorosa, y piensa en voz alta:



tres, por el primer camino... sin ruido, sin decir una palabra a nadie. Desde el primer poblado enviaremos un telegrama a tu madre y le advertiremos que no nos espere por mucho tiempo... No, no volveremos hasta que hayas olvidado estos días angustiosos y estas horas de sufrimiento... Para entonces, la casa estará pintada de nuevo, se habrán hecho modificaciones en las alcobas, de manera que tengas la impresión de venir a un sitio distinto a este lóbrego testigo de nuestro vivir... ¿Verdad que sí? ¿Verdad que estarás mejor...? Pero no respondes... duermes... duermes... y pasan los minutos y las noches y los días y te dejas llevar por la muerte sin darte cuenta, arrullada por canciones falsas que oyes en sueños, sin que mis palabras penetren en tus oídos ni mi amor llegue hasta tu corazón... ¿Por qué no luchas? Ya tienes el hijo que tanto esperábamos, ya está allí en su cuna, ¿por qué no le brindas tu pecho para alimentarlo? Piensa en él, en que al tú te vas, quedará tan solo y tan desamparado que quizás prefiera seguirte al cielo en donde vas a ocultarte; y no quedará así rastro de ti en este mundo, no habrá quien reproduzca tu humor, ni habrá frente lisa y concava que la tuya, ni se podrá volver a ver el verde aceituna de tus ojos... No te vayas, no te dejes vencer, no te resignes, abre los ojos y mira me, aquí, a tu lado, sin que el sueño pueda doblegar mi fortaleza, sin que el mundo distraiga mi atención, sin que mi voluntad flaqueé, aquí estoy y mientras permanezca a tu lado, la muerte no podrá llevarte aunque sus tretas sean desconocidas y agudas. No te vayas, no puedes dejarme solo después de que por largo tiempo suspiramos por estar siempre juntos y que lo logramos únicamente durante estos días...

—Estás cansada y duermes, a Dios gracias; el reposo te hará bien y tendrás nuevas fuerzas para el día que te espera. Otra vez el médico vendrá a hacerte sufrir por tu bien y a intentar todos los recursos posibles para devolverte la salud... la salud que yo te quité. Si yo soy el culpable, aunque tú hubieras sido complaciente, aunque el ardor de tus labios hubiera correspondido a la pasión de los míos, aunque tus estremecimientos de gozo se hayan convertido en espasmos de voluptuosidad que quisiste prolongar hasta lo imposible; yo soy el culpable. Por mí, estás aquí luchando con la muerte que quizás ya se haya sentado al borde de tu cama contando los últimos minutos de tu existencia.

(Pausa).

Un hijo que tú y yo anhelamos como la cifra de una perenne felicidad... Lo estamos pagando con las más agudas angustias y con el más alto precio. Allí está, en la alcoba cercana, durmiendo blandamente, mientras tú te consumes en la fiebre y yo desahogo mis ojos en raudales de llanto. ¿Por qué no ha sucedido lo contrario? ¿Por qué no has vencido tú el trance amargo aún a costa de la vida frágil y dudosa de tu ser que ahora ningún júbilo puede darme? Su llanto me exaspera, sus torpes movimientos me son indiferentes y no podré satisfacer los naturales impulsos de cariño que hacia él me llevan que tú te interpones entre nosotros con tu presencia inerte, con tu palidez moribunda, con el vídico brillo de tus ojos, con el frío sudor que surca tu frente arrugada por el dolor... Cuán impotente soy ante tus muéscas solicitudes de ayuda, ahora, en este momento decisivo, precisamente cuando más necesidad tienes de mí, en el instante en que debiera demostrarte que puedo escudarte contra una desgracia irremediable, que soy fuerte ante el mal que te roba a mi amor. Me ves vencido y escobarado, dejando que se rompan los lazos que nos unen, brindándote apenas el ilusorio consuelo de una sonrisa falsa cuando abres los ojos, y la inútil compañía de mi presencia. Tú, que siempre estuviste orgullosa de mí, porque te sentías segura a mi lado, que te hacías voluntariamente débil y pequeña para que mis brazos te sirvieran de abrigo y mi pecho de refugio tierno, aquí estás ahora sufriendo sola, luchando sola, sin que mi sangre pueda renovar la tuya, sin que mis músculos te transmitan las fuerzas que necesitas, sin que mi vida pueda retener la que se escapa de tus labios en cada respiración...

(Pausa).

Tu mano, sabía en caricias, activa en el fluir de sus venas, en la suavidad de la piel, en la agilidad de los dedos, en la rosada pureza de las uñas tu mano está inerte, quieta sobre la sábana con cuya blancura se confunde y no podrá sentirla recorriendo mi rostro, en prelude de besos. Rosada y blanca se entregó en la mía, ante un altar modesto, en la iglesia de aldea. Eran las cinco de la mañana y la luz apenas nacía, temblabas al sonreír tímidamente, y tus mejillas se enrojecían como si fueran a saltar de ellas chorros de sangre. Hace apenas un año... tu madre lloraba en silencio y tu padre se mordía el cano bigote con una visible nerviosidad. Pasaste de brazo en brazo por entre todos los amigos y sólo una palabra se oía: felicidad. Luego volví a mi lado para siempre... y entonces empezaba ese siempre que apenas ha durado pocos meses... tu mano estaba en la mía, apocada, tibia, dócil, confiada... Un joven curita inexperto leía torpemente sus rezos y un viejo organista se esforzaba por dar armonía al destemplado armonio. La iglesia era blanca y limpia... las golosinas llenaban la mesa del banquete rústico y los invitados tenían trajes claros como la mañana que empezaba. Los gajos de azahares se repartieron entre jóvenes ambiciosas y lindas que fueron tus amigas de soltera; alguien hizo un brindis que no podía oírse entre los gritos de alegría y las notas oleadas de unas guitarras... Durante toda aquella mañana de fiesta, tu mano estuvo entre la mía cálida y viva...

(Pausa).

Eres aún una niña y tan pronto te cansas de vivir... Una niña con un brazo redondo se curvaba siempre sobre el mío, en un lazo de cariño... tu brazo que ahora está exangüe y dormido... Cuántas veces se enrolló en mis hombros... Cuántas veces se estiró hacia lo alto, como una columna antes, te veía dormir al desahogarse en la cama; desde largos minutos antes, te veía dormir sosegada y serena, con ese aspecto delicioso de mujer mimada, gudejas de cabello sobre la frente y sobre la almohada y la rizada hilera de pestañas pendiente del párpado inmóvil. Parecías una imagen de eromo ingenio, y yo te contemplaba, respirando levemente para no despertar, te, hasta que tú abrías perezosamente los ojos y sacabas los brazos con fuerte aliento para alargarlos en gestos lentos de semiconsciencia... —¿Qué hora es?, preguntabas, y volvías a cerrar los ojos, sin esperar la respuesta, vencida otra vez por el sueño; pero muy pronto entrabas en el día y cruzabas detrás de la cabeza tus dos brazos rosados. Y así, en esa tentadora posición, dijiste un día, sonriente y ruborosa, con la cabeza echada hacia atrás, para mirar al cielo: ¿crees que será un niño? Mis besos nunca fueron suficientes para responder a tu pregunta...

(Pausa).

¿Para qué la vida ahora, sin ti; para qué el mañana? ¿Para qué la lucha y la fatiga si tu boca no estará esperando a mis labios, ni dirá más palabras de amor, ni sonreirá con aliento ni será cofre de pasión? Esa boca, llave de mis mejores sueños y meta de mis consueños, lantes anhelos; en ella se fijaron mis ojos desde que te vi, en aquella tarde lluviosa entre la multitud apretada de una sala pública. Seguí como empujando los graciosos movimientos de tus labios —hablabas con tu madre— y espíaba yo el momento de la sonrisa, y contaba tus dientes y adivinaba la roja movilidad de tu lengua. Cuán cálido fue mi corazón en ese día; increíble milagro el de verte, que verte y adivinar todos tus encantos en un solo instante, sin que tú me miraras siquiera, sin que te dieras cuenta de mi existencia, sin que pusieras parte mínima de voluntad en esa atracción que me unió a ti definitivamente. Y desde entonces, sólo pensé en quererte, que, te, quererte...

(Pausa).

Hace frío... ¿estás bien abrigada? Sí, no te has movido; permaneces ahí sin hacer un gesto, sin decir una palabra... dormida... pero con un sueño demasiado profundo, demasiado continuo, temible... Quizás despertará dentro de unas horas, y se hará el milagro... sí, se hará el milagro, sonreírás con nuevas fuerzas, y me dirás... —Me siento mejor! ¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí? Habrá una reacción, no importa que el médico haya perdido casi todas sus esperanzas, no importa, las de él son apenas esperanzas profesionales, frías; en cambio las nuestras tienen un poder infinito, las alimenta el amor, el deseo de ser nuevamente felices, de gozar de nuestro mutuo cariño; sí, estarás mejor mañana y empezará una dulce con-

valencencia... oye: yo permaneceré aquí, a tu lado, todo el día, a toda hora, con tu mano entre las mías, como en otro tiempo, y haré que tu alcoba se adorne con todas las flores, y que la luz del sol entre por esas ventanas que ya no volverán a cerrarse, y que tus cabellos se peinen como a ti te gusta, y que el niño, venga a tus brazos para brindarte su tanto apagado y su primera sonrisa... Volverás a la vida, apoyada en mí, como antes, como siempre... recorreremos otra vez todos los parajes que a ti te han agradado, subiremos a la montaña para que puedas recoger flores silvestres, iremos al campo para admirar la luna y para que tu piel se torne morena bajo el sol... estaremos horas enteras tendidos en la playa del mar oyendo el rumor de las olas y trazando con los dedos rayas en la arena... Y volverán mis caricias a estremecer tu cuerpo, y mis besos a recibir los tuyos, y mepecho podrá sentir los latidos de tu corazón... Viajaremos sobre todas las ruedas, sobre todas las alas, sobre todos los motores; veremos el color de los pájaros y el vaivén de las palmeras... Oye, a nadie diremos nada... será un secreto para nosotros solos... un buen día, cuando el doctor menos lo piense, te levantaré de la cama, ya bien de salud, ya con ánimo y con vigor, y darás delante de él, unos pasos por esta pieza... y el doctor se quedará asombrado... dirá: ¡es imposible! y tú le contestarás riendo: —¡Imposible, doctor! pues véalo usted, estoy bien. Para entonces, tendré todo arreglado, las maletas llenas y el coche listo, y saldremos los

(Pausa).

¿Te has cansado de mí? Ya empezó a ser monótona la vida en común... la sonrisa no es tan espontánea como antes, ni el abrazo tan amoroso, ni la mirada tan penetrante... Ya mi llegada al atardecer no es una sorpresa ni mi despedida en la mañana un trance amargo... y no quieres resignarte a un cariño sin aliento de pasión... Pero no es verdad, si aún siento la presión de tus manos y veo tu ceño de tristeza... y además el amor tiene sorpresas que todavía no conoces... eres tan niña... eres apenas una llama que nace, eres como la hermana mayor de tu propio hijo, y todavía no has aprendido a conocer la vida en todo lo que ella tiene de múltiple, de increíble, de agradable... Si no has gastado zapatos en la marcha, ni tus trajes se han arrugado con el diario uso, ni tus dedos están marcados por la aguja, ni tus ojos tienen ojeras por las noches en vela al pie de la cama del recién nacido... nada has visto, porque has, ta ahora empiezas a crecer... y no conoces el encanto después del desencanto, ni el escozor del desahogo, ni la dulzura de la reconciliación. No te puedes ir... sé obediente, como hasta ahora, sé sumisa, puesto que estás convencida de que sólo quiero tu bien, de que mi experiencia te guía por la buena senda y de que mi pecho te escuda en todo momento. Abre los ojos, porque ya pasó el peligro... vuelve a la vida y sonríe de nuevo, burlándote de tu propio miedo, antes de que yo lo haga y haciendo la promesa solemne de no asustarte mientras yo esté cerca... Y mañana vendrá el doctor para certificar tu mejoría... y todo habrá sido una pesadilla y un mal recuerdo...

(Pausa).

Las horas no avanzan, ni la oscuridad se amortigua, ni los gallos cantan... todo sigue quieto, tú y el tiempo y la luz de la lámpara, y la arruga de las sábanas... todo está quieto, como en espera de lo que ha de venir, de lo que yo no quiero que venga, porque será definitivo e irremediable. Ya mis ojos no tienen lágrimas y mi pecho agotó los suspiros y mis manos se han vuelto ásperas de tanto rozarse la una contra la otra y de tanto retorcerse, en minutos de desesperación. Fíjate solo, solo, sin tu compañía... es la primera vez que me dejas así, abandonado y naufrago... ¿Acaso no sabes que tú eres la parte de mí valor? El secreto de tu recordumbre sólo puede descubrirlo: estaba oculto en tu dulzura, en la manera, única de ser tierna y serve en todos tus actos y en todos tus gestos... al arreglar las ropas en el armario y al untar la manteca en el pan, al expresar un capricho y al oponer una negativa... siempre fuiste decidida y serena, cierta y amable; complaciente y enérgica... Y así habrías educado a tu hijo, en esa escuela de rígidos reglamentos y de amor a la vida... ¿te acuerdas? lo decías con frecuencia, franqueando la boca con un ademán de imposición que provocaba mi risa; mi hijo será como yo, porque no recuerdo haber sido nunca desgraciada... No, no lo has sido nunca, pero ahora es sufrimiento constante la vida con el peso de mi desdicha... es la compensación... así dije esta mañana el cura que vino a rezar al pie de tu lecho... la compensación... ¿por qué? ¿por qué? acaso es una falta ser feliz? ¿acaso Dios necesita de víctimas y se goza en el llanto? si nada malo hemos hecho tú y yo, si solamente hemos vivido en el mutuo amor y en la paz del acuerdo... Dios mío, si son pocos los seres tan felices como nosotros, por qué destruir esa armonía para que el mundo sea más péfido, para que haya odio y amargura donde antes sólo había buen cariño, para que nadie vuelva a crecer en la dicha de vivir... Dios mío, si abundan los seres en discordia, si son tan numerosos los que ansían el mal y se clegan con el olor de la sangre, ¿por qué descargas tu mano sobre los pacíficos, sobre los tranquilos, sobre los satisfechos con su propia existencia...? Dios mío, si quieres que crea en Ti y en tu bondad infinita, ¿por qué te llevas el ser que me acerca a ti a través de su ternura, el que encara, naparte de tus atributos, el que hasta ahora me ha llevado de la mano a tu lado...?

(Pausa).

Y duermes, duermes... Cuán lejos estás ahora del peligro que te rodea... Cómo te has alejado —fácilmente, suavemente— de los seres que atan más íntimamente a la vida... Quizás sueñas, contigo misma y te ves sola en el mundo, sin amigo y sin compañero, sin un hijo ni un esposo, y sientes la necesidad de dejar la soledad y huir a otro mundo poblado de seres y de voces... O quizás no, nada sueñas ni nada ves, estás entre una nube de gasa espesa, sin luz ni entendimiento, arrastrada por el viento de la muerte... La muerte... no es un fácil que triunfe, no, tiene también que combatir... se imagina que con su traje de fantasmas infunde pavor y desánimo... no a mí, no a ti, tenemos con nosotros a la ciencia, al progreso, a la voluntad... mañana llamaré a otro médico y a otro y a otro, y vendrán todos los que hay y traerán todas las medicinas y todas las ampolillas y los aparatos eléctricos, muchas cosas para luchar con la muerte; ¿acaso hemos de resignarnos porque un solo médico ha perdido las esperanzas? Ten confianza, amor mío, yo te defenderé contra la ignorancia de un doctor, contra la dosis insuficiente de un remedio, contra la falta de réquiem, contra el empresario de pompas fúnebres, contra el cementerio... yo sabré hacerles frente, aunque sean mil los que están en acecho, esperando tu muerte... No te aflijas... No te acobardes... Dios hará el milagro, Dios es más poderoso que todos y está a mi lado, lo sé, lo siento, está conmigo y me ayudará. El nos sacará de este paso de peligro... es tan fácil para Él mover un dedo, hacer un guiño con el ojo, soplar levemente tu boca es tan fácil... nada le cuesta y en cambio volverá a verte sonreír con esa sonrisa que sólo sus ángeles tienen, y observará complacido cómo tomas a tu hijo en brazos y lo adormeces con un canto apagado, y no dejará que se seque tu pecho lleno de miel blanca, y me verá de rodillas con los brazos en cruz, expresándome mi alegría...

(El hombre lanza una mirada al cuerpo rígido. Algo inexplicable le indica que lo inevitable se ha cumplido, y estalla en sollozos arrojándose sobre el lecho).

Después...

IGUAL FRESCURA USANDO LA INSUSTITUIBLE CREMA CERO

Generales en Colombia: PRODUCTOS "CERO", Ltda., Medellín. De venta en las buenas Droguerías, Farmacias, Boticas y Almacenes especializados en artículos para niños. — Agentes